

teatro:reto y recurso intocado

ana a. goutman

investigadora del centro de estudios
de la comunicación, unam,

Resulta extraño lo que ocurre con el teatro. El tema, tratado por los críticos, más aun que por los dramaturgos, tiene la vigencia de un

lugar común. Difícilmente se recurre a él como un agente de trasmisión de conductas, digamos "masivas". No crea hábitos, ni reacciones contrarias. Creo que se le acepta como lo inevitable, porque no trasciende.

El público que va al teatro busca algo más noble, más entretenido, más intenso que la vida. Espera que le transmitan, organizada, su propia confusión, sus arbitrarias invocaciones a un mundo diferente. Pero espera, también, ver y oír gestos que le recuerden el pasado, el pasado inmediato, el del clan familiar, el de su educación. Va a buscar una problemática que de antemano le interesa, lo que no sucede cuando va al cine.

Frente a la pantalla de cine o de televisión recibe lo que le dan, como un reto. O lo asimila, o lo entiende, o simplemente se siente un pobre tipo.

Este es el momento en que comprendemos cómo es atractiva la idea de utilizar los medios de comunicación, para fines específicos. Es entonces el momento de preguntar: ¿Puede el teatro ser un medio de cambio, ya que no alcanza a serlo de dominación? ¿Puede incurrir en ese atrevido intento de esclarecer conductas tradicionalmente aceptadas, tal como el sicodrama se lo ha propuesto en el campo de la ciencia?

Necesidad de otro enfoque

Al leer cuidadosamente las carteleras de los periódicos, se observa que los titulares de los teatros presentan obras cuya temática oscila entre el escándalo y la escolástica clásico-regenerativa. Porque así cumplen con una propuesta de la sociedad de consumo y no crean conflicto, salvo a la empresa o a los divos. Pero su repercusión queda en blanco.

Vacía e ignorada es la acción del teatro que comunica coherentemente la ideología de cambio, mediante la crítica al mundo aceptado y mortal por acta de nacimiento. Su eco es también para una minoría.

Entonces la disyuntiva es terminante: o el teatro es intrascendente y continúa con su juego de apariciones sin hacer mal a nadie, o se le lanza a cumplir una vocación diametralmente opuesta, con todo lo que la historia le ha permitido acumular y experimentar. Mas para cumplir con esta finalidad no hacen falta sólo ideas; se necesitan también actores, escritores, lugares de trabajo, audacias inesperadas y palabras nuevas.

Hace falta inventar al teatro en su lugar, en cada sitio donde un grupo humano esté concentrado y se autorreconozca idóneo para actuar en y sobre la sociedad, sus modos de vida, sus fantasmas.

¿No es acaso la experiencia común a cada hombre, quien harto de recibir al mundo entre las páginas de los "manuales", decide revisar la relación con su mundo y recurre al instrumento profesional con el que ha ingresado a la competitiva sociedad en que vive, para cambiar relación y mundo?

Inventar es la palabra y no se nos ocurre otra. Pero inventar no como si partiéramos de la casa-cuna, sino como si la hubiéramos abandonado, sin haber alcanzado ninguno de los proyectos previstos para un mundo mejor.

¿Hay un público apropiado para este teatro? Quien pueda revivir las situaciones que se le presenten a partir de una visión nueva, de ojos nuevos, participante él también de lo que otros le han preparado, es un público nuevo. No sólo irá a divertirse; irá también a ver, a descubrir, a pensar, a entender, a compartir. Es la vida comunitaria la que habrá cambiado, para que el público siga siendo público pero a la vez se constituya en un centro de trabajo teatral. ¿Podrá reproducirlo? ¿Podrá reiterar técnicas para que penetren en idénticas estructuras mentales y sociales? ¿Podrá prolongar sus emociones a nuevos niveles de profundidad, correspondientes a las elementales organizaciones humanas? Todo es posible.

Su fuerza real, esporádica

Entendemos que el teatro parece "lo intocado" en el mundo de los medios de comunicación. Los que, curiosamente, nunca lo incluyen en sus temarios de congresos, simposio o reuniones de especialistas.

Solamente se recurre al teatro cuando hace falta llegar a un público con una consigna como por ejemplo: "la familia pequeña vive mejor", "el ahorro es la base de la fortuna", etc., como objetivo definido de una secretaría de gobierno. Es, entonces, tanto o más efectivo que los cortos o las consignas televisivas, pues el teatro invoca una totalidad que afecta más directamente.

"Lo intocado" del teatro se debe a su posible falta de eficacia, al tiempo que requiere el escribir y preparar una buena puesta y finalmente a lo reducido de su público receptor.

Sí es cierto que se ha proclamado la posibilidad de hacer teatro en las escuelas, en los estadios de futbol, en las calles y plazas. Pero no se ha obtenido, entre nosotros, una aceptación continuada, una continuidad ecuánime, un reconocimiento visceral de estos modos.

Es bueno recordar que hay épocas o públicos para el teatro. Los hubo seguramente, Todos los hemos conocido. Pero también han pasado. Y el teatro, como empresa, persiste en dos o tres vocaciones que pueden llegar a capitalizar interés y dinero. Empresas individuales, que no forman corriente de opinión, aun cuando elijan obras que apuntalan la problemática de la dominación. O de la estupidez.

Quizá por éstas y otras razones, el teatro no es un medio de comunicación a la usanza actual. Comunicación versus dominación.

¿Por qué no indagar en la línea más fértil de su vida, cuáles son las

estrategias que le han permitido obtener los mayores triunfos, no precisamente de taquilla?

Porque de ello se trata, de la acción en un público que lo necesitaba. ¿Cuáles fueron los motivos que a lo largo de la historia llevaron a construir un teatro que sin duda fue necesario y fue real y creó su propia continuidad?

El lenguaje perdido que cada sociedad busca reencontrar para continuar su marcha, no se mide con el progreso industrial, ni el de la fundación de agrupaciones que concentran la ideología dominante. Puede llamarse Comuna de París. Y no dictó a la manera instituida leyes y decretos, pero los "dictó" de la manera más radical que una sociedad puede utilizar.

Consecuencia del aniquilamiento

Cuando hablamos de etnocidio entre las líneas de los periódicos, aludimos al imperialismo técnico y militar sobre las grandes comunidades. Pero hubo grupos de base que expresaron sus relaciones en formas del lenguaje artístico, musical o teatral y fueron destruidas. Formas que no eran ideas, sino maneras corrientes que la liberación y la descolonización huragan hoy para que vuelvan a latir con latido natural.

La historia del teatro denuncia formas de existencia que hemos dejado atrás, como tanta interpretación de las producciones humanas fue alejada de su origen y teorizada a partir de una justificación.

El imperialismo técnico y militar destruyó lo que no entendió. Nosotros recibimos el resultado de esta acción: un producto "cerrado a vacío", que así mantenemos, ya por hábito, ya por método.

En la historia del teatro, el olvido silenció y la destrucción resintió el deseo, el entusiasmo, el impulso natural, antisalvaje, que enarboló Rousseau.

Por esto, cuando nos encontramos con esta peste de masificación en el mundo de la administración de los medios de comunicación, rescatamos positivamente el olvido en el que circula el teatro.

Parece visible, a partir de estos contenidos, una nueva historia del teatro que no esté ligada a fechas y acontecimientos teatrales, sino a modos de darse en situaciones definidas, para las que fue un ejercicio, una praxis, una práctica real, en las que cada representación era la comunicación necesaria y la apertura a una totalidad de intenciones y proyectos, que se dan definitivamente adscritos a una comunidad.

Pensamos que no tiene que ver con fechas, pero sí con la posibilidad de expresión de una comunidad. Los intentos de teatro campesino o teatro indígena, en nuestros países, se dirigen a resolver estas viejas cuestiones olvidadas. Pero es tanta la materia de subversión para que la naturalidad encuentre sus cauces, que no hubo intento que no haya abortado varias veces, y finalmente con medianas experiencias, abandonado. Ni el teatro llamado político, ni el vodevil, ni el pedagógico son más que formas del

rescate de una problemática que la industrialización se ha empeñado en reevaluar, pero en sus términos.

La antropología está empeñada en esta búsqueda, que es a su vez una crítica a la antropología del viejo mundo, para hacer el interrogante preciso, que abra polémica en nuestros países.

Dicen, los que saben, que este enfoque contiene una diversidad tal que no sólo puede ser el creador de nuevas políticas nacionales, sino el instrumento para negar o enmendar las estrategias generales y sus obsesiones particulares.

¿Por qué no utilizar el teatro para entender de qué trata la nueva visión del mundo en que vivimos?, ya que como diría el verso: "No tiene nada que perder y mucho que ganar". En definitiva, gracias a empecinamientos, la actividad, el gusto y la vocación teatral siguen materializando intentos, experimentos, hallazgos que ratifican la comunicación.

Si el teatro es un lenguaje que perdimos, allí está la prueba, la actitud de búsqueda que se anuncia en cada encuentro, en cada nuevo encuentro, donde cada trabajo organiza una expectativa nacional.